

# San Martín

por el Académico *Dr. Osvaldo Loudet*

## I

### SOLDADO DE LA LIBERTAD Y APOSTOL DE LA PAZ

Las Academias Nacionales han tenido la feliz idea de celebrar conjuntas el bicentenario del nacimiento del Libertador. Igualmente acertado ha sido el acuerdo para conmemorarlo en el seno de la Academia de la Historia. En esta Academia vive su espíritu y hubiera ocupado el sitio más alto porque si no escribió la historia la hizo con su patriotismo sin límites, su vida llena de sacrificios y la abnegación de sus renunciamientos. Coincide este aniversario con el centenario del fallecimiento de su primer biógrafo, Juan María Gutiérrez, el máximo Rector de la Universidad de Buenos Aires.

Se han dividido las ciencias morales en dos grupos: las que estudian el hombre real, tal como es, y las que estudian el hombre ideal tan como debe ser. En nuestro héroe el hombre real fue idéntico al hombre ideal y realizó su vaticinio: "Serás lo que debes ser y si no serás nada". El fue todo lo que debía ser por su genio militar y su genio civil. Sus grandezas fueron múltiples como sus virtudes. Tenía la intuición de su destino porque conocía las fuerzas morales de su alma. La historia le había señalado un derrotero y lo cumplió luminosamente. Nunca fue un vencido, ni aún en sus desventuras, porque éstas le sirvieron para fortificar su estoicismo, vislumbrar nuevas luces y afirmarlo aún más en sus sueños de predestinado. Gutiérrez, en su bosquejo biográfico recuerda la formación humanista de San Martín que hizo sus primeros estudios en la Escuela de Nobles de Madrid, cuyo plan de enseñanza comprendía los conocimientos generales de humanidades, filosofía e historia como indispensables para emprender con provecho el estudio de las matemáticas y aplicarlas después al arte de la guerra, que era el objeto fundamental

de aquel Colegio. El arte de vivir con nobleza y dignidad era la introducción para ser hombre de armas con valentía y abnegación. Los oficiales del ejército español, educados en aquella escuela, fueron igualmente caballeros en la vida y en las armas. El honor de caballero y el honor de soldado eran la misma cosa. Este cultivo de las humanidades en el Colegio de Nobles de Madrid nos recuerda el plan clásico que implantó el Presbítero Baltasar Maciel en el Colegio de San Carlos de Buenos Aires y que estableció el Deán Funes en el Colegio Montserrat de Córdoba. Los hombres de Mayo educados en el San Carlos y los egresados de la Casa de Trejo despertaron e iluminaron la conciencia argentina. Las humanidades hicieron más armoniosas las almas en formación y les dieron a los estudiantes un perfil moral más sereno y más fuerte. ¿Cuáles eran los principios esenciales de la Escuela de Nobles de Madrid?: la fidelidad a normas morales que caracterizan al hombre de bien; su amor a la libertad de su conciencia y a la conciencia de los demás; su capacidad para el renunciamento; su desprecio o su indiferencia por el poder, cuando éste no está al servicio de un ideal superior; su culto por la educación, sin la cual la libertad degenera en licencia y libertinaje; su amor por el orden que lo enseña la misma Naturaleza; síntesis, el culto del heroísmo espartano y de la sabiduría ateniense.

Los principios que le inculcó la Escuela de Madrid fueron los que practicó nuestro héroe en toda su existencia. Sus pocas máximas políticas, militares y sociales están inspiradas en esos principios. Sus filósofos preferidos eran los estoicos y leía con frecuencia a Epicteto, a Marco Aurelio y a Séneca. "Gobernador de Provincias, organizador de ejércitos, administrador de escasos caudales en proporción a los grandes objetos; encargado de poderes omnímodos que la victoria puso en sus manos; creador de gobiernos bajo la forma representativa en pueblos envejecidos por los hábitos coloniales —dice Gutiérrez— tuvo la necesidad y la ocasión de poner en ejercicio una gran variedad de talentos, virtudes de alto temple, y asumir responsabilidades que sólo la historia ha podido apreciar y juzgar". La nobleza de San Martín es de origen hispano y le viene de su sangre y de su educación. Sus múltiples talentos y sus amplios conocimientos explican los doctorados honorarios que festejamos en esta casa. Están aquí representadas todas las Academias Universitarias porque él perteneció simbólicamente a todas ellas. Aparte de la de Historia, pudo ser Miembro de la Academia de Derecho porque proyectó constituciones, legisló sobre costumbres, estableció poderes representativos; pudo ocupar un sitial en la Academia de Ciencias Exactas, porque dominó las matemáticas y las aplicó en sus planes de combate con exactitud geométrica, y pudo decir "No hay ejército sin matemáticas"; pudo formar parte de la Academia de Ciencias Morales y Polí-

ticas como autor de un Código de honor para sus oficiales y de un Código de amor para la familia; pudo ubicarse en un sillón de la Academia de Medicina porque se ocupó de la salud de sus ejércitos y de los pueblos liberados como un higienista sabio y experimentado; pudo ser Miembro de la Academia Argentina de Letras porque sembró de libros los países liberados y creó bibliotecas en Mendoza, Santiago y Lima; pudo ingresar en la Academia de Bellas Artes porque amaba el dibujo y la pintura, descubriendo en sus acuarelas marinas las agitaciones de su alma; pudo ocupar un sitial en la Academia de Ciencias Agropecuarias porque fomentó la ganadería y la agricultura y su último sueño fue ser "labrador" en Mendoza para cultivar y amar la tierra que más amaba.

### *La moral de un soldado*

En su encuentro con Belgrano, San Martín reveló su estatura moral incomparable. En Tucumán, al frente del Ejército del Norte lo esperaba el creador de la bandera. El comprendía que no iba a sustituir a un vencido accidental sino al vencedor de Salta y Tucumán; no iba a erguirse frente a un procesado por la pasión política; no iba a trazar nuevos planes de estrategia; no iba a enfrentarse, con soberbia jerárquica, al más intuitivo y puro de nuestros guerreros improvisados. Sabía que muchos genios militares han tenido derrotas que no han disminuido la grandeza sus victorias. Los episodios desventurados —como los de Vilcapugio y Ayohuma— son inherentes al juego de la guerra, tan cambiante y sorpresiva. No todos los juegos de ajedrez bélico siguen líneas matemáticas. Los tableros mejor estudiados son destruidos por un vendaval inesperado. San Martín fue al encuentro de un héroe no comprendido, de un hermano de ideales, de una víctima en la ignorancia y la ingratitud de los hombres. Su conciencia moral formada en el "Colegio de Nobles de Madrid", estaba por encima de la conciencia titubeante de las leyes. El adivinaba que los juicios presentes en la Historia son muchas veces provisionarios y que las sentencias definitivas las tiene archivadas el Tiempo para ser leídas definitivamente por la posteridad. Los dos que se encontraron en Tucumán no fueron para sustituirse sino para continuarse. Los dos eran la antítesis de hombres ambiciosos y ávidos de poder. Ninguno tenía la pasión del mando ni aspiraba a situación política culminante. La pasión de mando y el uso del poder es el tóxico moral que envenena a muchos hombres de gobierno civiles o militares. El uso ilimitado del poder eleva a los hombres y después los voltea. San Martín y Belgrano no buscaron la guerra sino la paz entre sus semejantes. Fueron dos héroes militares conminados por el deber. Ambos constituyen una de las lecciones más puras de la Historia Argen-

tina. No han existido dos héroes con menos ambiciones y más desprendimientos. Tampoco los hubo más silenciosos y más calumniados.

El documento de San Martín defendiendo a Belgrano, abre la puerta a los gestos sucesivos y valientes de un defensor de la justicia, de la verdad y del honor militar. El documento, que lleva fecha de 13 de febrero, es algo más que un certificado de buena conducta; es un certificado de justicia y de reconocimiento; es una inusitada certificación de gloria. Dice en una de sus partes: "He creído de mi deber imponer a V.E., que de ninguna manera es conveniente la separación del Gral. Belgrano de este ejército... No encuentro otro oficial con bastante suficiencia y actividad que lo sustituya en el mando de las fuerzas, ni quien me ayude a desempeñar las diferentes atenciones que me rodean. En obsequio a la salud del Estado dignese V.E. conservar en este ejército al Gral. Belgrano." ¡Qué admirable página de justicia, de modestia y de reconocimiento, es ésta del héroe de San Lorenzo enalteciendo los méritos del héroe de Tucumán! No olvidemos la formación espiritual de ambos. Si San Martín había estudiado en la Escuela de Nobles de Madrid, Belgrano se había formado en la Universidad de Salamanca y ambos conocían el valor de las armas del espíritu. Asombra y conmueve la similitud de procedimientos en estos dos grandes patriotas que supieron combinar la estrategia de la guerra con la estrategia de la paz y preferir los caminos de la razón para constituir una sociedad basada en el orden y la justicia. Eran hermanos por la visión del porvenir; lo eran por la sabia estrategia de sus acciones; lo eran por la diplomacia de la tolerancia y el buen sentido; por la reflexión serena que se anteponía a todo impulso arrollador; por su generosidad y humanidad ante el adversario caído, y su paciencia infinita ante la adversidad y la desventura propias. Eran amigos de la paz y tuvieron que hacer la guerra; eran amigos de la conciliación y tuvieron que aceptar el duelo; eran amantes de la madre patria y tuvieron que cortar sus lazos, porque no combatían contra ella sino contra un régimen colonial liberticida. Habían heredado de su madre histórica, su nobleza y su hidalguía, su valentía y su heroísmo. Nunca dejaron de ser sus hijos y respetaron la grandeza de sus hazañas. San Martín, ya en el ostracismo glorioso pudo decir: "Mi juventud fue sacrificada al servicio de los españoles, mi edad media al servicio de mi patria, creo que tengo el derecho de disponer de mi vejez". Primero amó y defendió a la madre de sus padres, y después a la suya propia y a la de sus hermanos de América. Para él la libertad no era cuestión de territorios, ni tenía límites geográficos; para él era cuestión de almas oprimidas por la esclavitud y la tiranía. El sentía en sus arterias el latido de la sangre del Cid Campeador.

*El Apóstol de la Paz*

San Martín, guerrero de la libertad fue, repetimos, un apóstol de la paz. No hay contradicción en sus dos actitudes. Son dos grandezas que pueden unirse para elevar al hombre. El dolor de una guerra es necesario y se santifica para conquistar la justicia y la libertad, pero cuantas veces pudo eludir los encuentros sangrientos, los eludió. Tuvo la paciencia de esperar muchas veces para convencer al adversario del error de su tenacidad, del error de la fuerza cuando puede ser sustituida por la razón. Sus batallas morales por la paz fueron tan admirables como las que sostuvo en el orden militar. He aquí el documento de un apóstol de la paz que quiere evitar una guerra inútil y despiadada. En la carta que dirige al Virrey de Lima Don Joaquín de la Pezuela, después de haber triunfado en Chile, y que lleva la fecha de 11 de abril de 1818, dice así: "Después de haber destruído las tropas de mi mando el poderoso ejército que envió vuestra Excelencia para conquistar a Chile y después de hallarse aniquilados los recursos de esa Capital para oponer una resistencia feliz a las armas triunfantes de la Patria, parece prudente que la razón ocupe el lugar de las pasiones, y que la suerte de los pueblos libres llame exclusivamente la atención a los que lo presiden. V.E. no ignora que la guerra es un azote desolador, que en el punto a que ha subido en América la lleva a la aniquilación, y que la fortuna de las almas ha inclinado ya la decisión en favor de las pretensiones de la parte meridional del Nuevo Mundo. V.E. ha podido descubrir también, en un período de siete años, que las Provincias Unidas y Chile, sólo apetece una Constitución liberal y una libertad moderada, y que los habitantes del Virreynato de Lima, cuya sangre se ha hecho derramar contra sus hermanos, tengan parte en su destino político y se eleven del abatimiento colonial a la dignidad de las dos Naciones colindantes.

Ninguna de estas aspiraciones está por cierto en oposición con la amistad, con la protección y con las relaciones de la metrópoli española; ninguna de estas pretensiones es un crimen; y por el contrario ninguna de ellas deja de ser en el presente siglo el eco uniforme de los ilustrados de la culta Europa. Querer contener con la bayoneta el torrente de la opinión universal de América es como intentar la esclavitud de la Naturaleza, y agrega: "Cuando V.E. recuerde los medios que poseo para adelantar la obra, yo creo que hará justicia a la pureza de mis sentimientos; anhelo sólo el bien de mis semejantes; procuro el término de la guerra; y mis solicitudes son tan sinceras a este sagrado objeto como firme mi resolución, si no son admitidas, de no perdonar sacrificios por la libertad, por la seguridad y por la dignidad de la Patria." Esta es la carta de un General triunfador que había cruzado los Andes y esperaba nuevas victorias. Prefería los laureles

conquistados por la paz a los adquiridos por la violencia y la desolación. Comprendía que sólo en la paz se puede trabajar y solo por la escuela se puede civilizar. Las fuerzas del espíritu estaban siempre aliadas a las fuerzas de las armas. Por eso creaba academias militares y fundaba bibliotecas públicas. El ejército de sus libros era tan numeroso como el ejército de sus soldados.

### *El supremo renunciamiento*

Digamos dos palabras sobre el supremo renunciamiento que tuvo lugar en la entrevista de Guayaquil. Hay pocos casos en la historia como éstos del Gran Capitán que subordina su conducta a la libertad de América y renuncia a la última etapa de dirigir el ejército libertador con el objeto de asegurar la victoria final, no prolongar una guerra inútil y evitar un mayor derramamiento de sangre. Su abnegación llegó al punto de poner en mano del libertador de Colombia la última etapa para terminar la guerra. Nunca tuvo la pasión de mandar sino la pasión de obedecer y esclavizarse a su ideal americano. Con razón le escribía a Guido en cierta oportunidad: "Estoy convencido que la pasión del mando es en general lo que con más imperio gobierna al hombre". Nunca aspiró a ser un monarca de los Andes como le atribuían sus calumniadores, porque despreciaba los honores y los títulos. Lo que le importaba era la libertad de los pueblos y no la corona de los triunfadores. Tenía el derecho de ser el dueño de muchas glorias, pero prefirió ser el esclavo de muchos principios. No poseía la ambición de Alejandro, la dureza de César, el ímpetu de Aníbal, ni el orgullo de Napoleón, pero tenía la tranquila conciencia moral de Washington y de Lincoln. Prefería el silencio al ruido, las ideas a las palabras, los hechos a las teorías, los problemas a los axiomas. Despreciaba las calumnias y le escribía a Godoy: "No he tenido más ambición que la de merecer el odio de los ingratos y el aprecio de los hombres virtuosos". Cuando San Pablo habla de aquel que "se aniquiló asimismo para salvar al mundo" se nos aparece el héroe silencioso que en Guayaquil se eliminó asimismo para salvar a América. ¡Qué pequeña cosa es la ambición de los hombres frente a los designios de Dios!

Cuando Avellaneda recibió los restos mortales del Gran Capitán para ser depositados en la Catedral, pronunció estas palabras: "La América mostrará entre sus monumentos el sepulcro del primero de sus soldados. La República Argentina guardará los despojos del más glorioso de sus hijos. Seis naciones viven independientes dentro de los límites trazados por la espada del Gran Capitán. ¡Pueblos de América escu-

chadme!: No olvidéis el consejo del Libertador, y cuando encontréis su estatua ecuestre en las márgenes del Plata o en los llanos de Maipo o a orillas del Rimac, leed siempre las palabras inscriptas en su base: «la presencia de un militar afortunado es temible en los Estados que se constituyen de nuevo»; no convertáis jamás su espada en el falso esplendor de un cetro”.

Puede suceder y sucede, en el orden político, militar y social, que la historia de muchos renunciamientos es superior a la historia de muchas conquistas. En el orden militar el conquistador tiene la tierra bajo sus pies, pero no tiene las almas que viven en ella. Las simples conquistas de las armas hay que apuntalarlas con la fuerza de las ideas. Por eso vuestro libertador viajaba con dos ejércitos: el de las almas y el de los libros. Por eso fundaba escuelas y creaba bibliotecas. Le escribía a un maestro de Mendoza: “La instrucción es la llave que abre las puertas de la abundancia y hace felices a los pueblos; yo deseo que todos se ilustren en los sagrados libros que forman la esencia de los hombres libres.”

### *Las dos estatuas*

Existen en Buenos Aires dos estatuas del gran hombre que encarnan dos aspectos morales de su vida. La una se levanta en la Plaza que lleva su nombre, en las barrancas del Retiro donde preparó sus granaderos a caballo. Es la estatua a su genio militar. Se yergue montado en brioso corcel, mirando el horizonte de sus sueños y señalando con el brazo la Cordillera de los Andes. Representa la fuerza guiada por la libertad, el valor sostenido por el ideal. Allí vamos en los aniversarios patrios, hombres, mujeres y niños, argentinos y extranjeros, a rendirle el homenaje de los hombres libres. Pero existe otra pequeña estatua que apenas emerge del nivel del suelo. Me refiero al busto que encontramos en la plazoleta del Grand Bourg frente a la copia de la casa que habitó cerca de París. No es de mármol, es simplemente de piedra. Representa a un anciano sentado, que tiene a su lado a dos criaturas que protege con sus manos. Es el abuelo que ampara a sus nietas. Es el anciano que protege a la infancia. Es el maestro que defiende a sus discípulos. Pensamos, que después de saludar al Libertador en la plaza de su nombre, las madres, los maestros y los estudiantes debieran llegar en peregrinación frente a este busto, de este educador para la libertad. Llevarle, como únicas flores, las dalias multicolores que cultivaba en el jardín de la casa de su destierro y que conmovieron hasta las lágrimas a Sarmiento cuando éste lo visitó

en su glorioso ostracismo. No olvidemos al "abuelo inmortal" que tanto amó los libros y los niños.

San Martín fue un genio militar y un genio civil. Sobre todos los títulos es un ciudadano de América que puso su espada al servicio de la libertad y de la justicia.

## II

### LOS MEDICOS EN LA VIDA DE SAN MARTIN

Capítulo de indudable interés en la historia de la medicina argentina es la intervención que tuvieron los médicos en la vida del Gran Capitán. La medicina no es una intrusa cuando estudia las enfermedades de grandes hombres. Ella contribuye, en muchos casos, a explicarnos las acciones de sus actores. Naturalmente, que esa intervención debe ser perspicaz, medida y documentada. No es cuestión de inventar novelas médicas como se inventan novelas históricas. En las ciencias existen hipótesis que resultan novelas y en historia se elaboran crónicas que resultan fábulas. Está justificado, entonces, el escepticismo del gran historiador Guizot al preguntar con picardía a un curioso impertinente: "¿Le gusta a usted la novela? —Sí, contesta el interpelado. —Me gustan sus sorpresas y peripecias. —Bueno, le responde, "Si le gusta la novela, dedíquese a la historia".

La verdad es que existen auténticos genios en la ciencia, en la literatura y en la política, que han dominado una enfermedad dolorosa o debilitante y han vencido con su voluntad tremendos padecimientos. Estos hombres lucharon en varios frentes al mismo tiempo y triunfaron en ellos en lo que era posible triunfar. Si hubiesen tenido una salud de hierro la lucha hubiese sido más fácil y los éxitos tal vez mayores.

#### *San Martín y Belgrano*

Nuestras dos glorias máximas en la epopeya de la independencia, San Martín y Belgrano, padecieron de dolencias más o menos crónicas, con intervalos de silencios, de paz y de reposo. Experimentaron el heroísmo de los enfermos, paralelo al heroísmo de los soldados. Cuando Belgrano estuvo gravemente enfermo en Córdoba, afectado de una cirrosis



hepática, de paso para Buenos Aires, fue visitado por el eminente médico Francisco de Paula Rivero y le dijo resignadamente: "No se preocupe de mi salud sino de la de mis soldados. En este lugar hay un espacio suficiente para ser enterrado y sentiré un inmenso placer en que los campesinos vengan a rezar por mí". Y agregó: "La conservación del ejército depende de mi presencia; sé que estoy en peligro de muerte, pero aquí hay una capilla en donde se entierran los soldados, y también se puede enterrar a un general". San Martín, por su parte, le dijo a Paroissien cuando se repitieron sus vómitos de sangre y fue trasladado a Córdoba: "No se preocupe doctor. Más importante es la salud de mis soldados. Me considero una simple unidad en la escala de las jerarquías."

Admira el estoicismo de estos dos grandes hombres. Admira y conmueve la preocupación por la salud y el bienestar de sus soldados. Ellos conocían como nadie los padecimientos físicos y morales de estos héroes de la montaña o de la llanura, que sufrían de frío, de sed y de hambre...

*Médicos permanentes y médicos accidentales.* En la vida de San Martín hay que distinguir sus médicos permanentes y sus médicos accidentales. Estos últimos los encontró en el camino durante las peripecias de su heroica odisea. Antes de ingresar a su patria, después de actuar contra los ejércitos de Portugal y con los de Napoleón en España, reunía las condiciones físicas de un soldado de vigorosa salud. En la guerra de la independencia española su actuación fue audaz e impetuosa, y asombra por su valentía y su desprecio de la muerte. Algunas veces cayó herido de gravedad pero su prodigiosa naturaleza venció todas las complicaciones. En su infancia padeció las enfermedades propias de la edad, sin ninguna clase de secuelas. No pasó de vivir un primer capítulo de un minúsculo texto de pediatría. Sin embargo debemos recordar un hecho sorprendente. Estuvo a punto de ser muerto por un soldado enemigo cuando cayó aplastado por su caballo en la batalla de Argonilla y fue salvado milagrosamente por un Sargento de su escuadrón, llamado Pedro de Martos. Después, en América, en San Lorenzo, en idénticas circunstancias, sería salvado por otro soldado de sus granaderos, el Sargento Cabral. La historia repitió los hechos, repitió los héroes y repitió las glorias.

*Retrato del Libertador.* Mitre ha hecho un admirable retrato físico del Libertador en los heroicos días de su edad viril. "Era alto, robusto, y bien distribuido en sus miembros, ligados por una poderosa musculatura. Llevaba siempre erguida la cabeza, que era mediana y de una estructura sólida, sin pesadez, poblada por una cabellera lacia, espesa y renegrida que usaba siempre corta, dando relieve a sus líneas simétricas sin ocultarlas. El desarrollo uniforme del contorno craneano,

la elevación rígida del frontal, la ligera inclinación de los parietales apenas deprimidos sobre las sienas, la serenidad enigmática de la frente, si no caracterizaban la cabeza de un pensador, indicaban que allí se encerraba una mente robusta y sana, capaz de concebir ideas netas, incubarlas pacientemente y presidir sus evoluciones hasta darle formas tangibles. Sus facciones vigorosamente modeladas en una carnadura musculosa y enjuta, revestida de una tez morena y tostada por la intemperie, eran interesantes en su conjunto y cautivaban fuertemente la atención. Sus grandes ojos negros y rasgados incrustados en órbitas dilatadas, y sombreados por largas pestañas y por anchas cejas —que se juntaban en medio de la frente, al encontrarse hacia arriba formando un doble arco tangente— miraban hondamente, dejando escapar en su brillo normal el fuego de la pasión condensada, al mismo tiempo que guardaban su secreto. A su talante marcial unía un porte modesto y grave; eran sus ademanes sencillos, dignos y deliberados y todo en su persona, desnuda de aparato teatral, inspiraban naturalmente el respeto sin excluir la simpatía". Este retrato físico del Gran Capitán exterioriza en parte su retrato moral. Era callado, porque era reflexivo. Su pensamiento estaba más en sus ojos que en su palabra. Su bondad más en sus actos que en su sonrisa. Antes de actuar meditaba sus acciones. Antes de sacar la espada prefería convencer por el razonamiento.

El primer médico que tuvo contacto indirecto de carácter profesional con San Martín en América, fue Cosme Argerich. Este atendió a sus Granaderos a Caballo después del Combate de San Lorenzo, con pericia y dedicación que merecieron el elogio de nuestro Gran Capitán. Pero no atendió a San Martín como se ha dicho, pues éste había partido de San Lorenzo antes que llegase Argerich. Respecto al accidente que sufrió nuestro Capitán de Granaderos, durante el combate, no tuvo gravedad ni consecuencias. Cayó aplastado por el caballo herido, sin poder zafarse de su situación peligrosa. No hubo fractura de su miembro inferior ni luxación de su hombro derecho, como al principio se sospechó. Quedó muy dolorido por el traumatismo, pero sin lesiones orgánicas visibles. Tampoco es exacto que sufriera una herida cortante en su rostro. Nunca vieron la tal cicatriz ni Guido, ni Espejo, ni O'Higgins. El habló de "incomodidades", como secuela del golpe, "incomodidades" que se traducían en dolores musculares por el esfuerzo para librarse del caballo que tenía encima. La prueba de que sus "incomodidades" no fueron graves es que al día siguiente partió para Buenos Aires en un destartalado vehículo que lo sacudía permanentemente. La actuación de Argerich con sus Granaderos fue ejemplar y por eso San Martín lo propuso como cirujano para el ejército del Norte, cuando se hizo cargo de dicho cuerpo, relevando a Belgrano.

### *Los médicos de origen británico*

Es interesante la intervención de médicos de la Gran Bretaña y de Norteamérica, como auxiliares espontáneos y abnegados en los ejércitos del Norte. Pensaban estos galenos, sin grados y sin pagas, que debían ponerse al servicio de ejércitos libertadores, uniendo sus deberes de hombres libres a sus deberes de médicos humanitarios. Traían de sus países el amor a la libertad y a la autonomía moral del hombre. No podían extraviarse en la nueva patria adoptiva. No hay que olvidar, por otra parte, que muchos de los prisioneros de las invasiones inglesas terminaron creando familias anglo-argentinas y muchos se incorporaron a nuestra historia. Hay algo que une a los hombres tanto o más que la nacionalidad originaria, y esto puede suceder en cualquier rincón de la tierra. Se termina por amar el nuevo paisaje y a los nuevos hombres que tienen el mismo ideal. Recordemos que Pueyrredón le recomendó a San Martín a tres médicos ingleses cuando éste preparaba el ejército de los Andes. Y bien, volvamos a los médicos de las provincias del Norte, de origen británico, que atendieron a nuestros dos héroes máximos cuando se agravaron sorpresivamente de sus dolencias.

*Guillermo Collisberry*: Este eminente médico asistió a San Martín en la ciudad de Tucumán en abril de 1814, cuando este sustituye a Belgrano en el ejército del Norte. El Libertador presentó algunos vómitos de sangre y todo hacía pensar en un proceso muy grave y de evolución fatal. Collisberry, alarmado, piensa de inmediato en un proceso pulmonar y aconseja su traslado a Córdoba. Los oficiales de su estado mayor, preocupados por los síntomas que presentaba el General, hablan de una "seria enfermedad al pecho".

¿Cómo había llegado Collisberry para atender al General? Ante las noticias alarmantes, se apeló a tres médicos para observarlo. Estos fueron los Dres. Guillermo Collisberry y Mariano Vico, indicados desde Buenos Aires y Francisco Ramiro desde Córdoba. Collisberry había ejercido en San Juan y Mendoza, donde gozaba de enorme prestigio. En 1818, después de haber atendido al General, se lo llamaba "el médico de Mendoza". Fue el primer galeno que estudió científicamente el clima de las provincias de Cuyo. El Dr. Damián Hudson hace este retrato: "De elevada estatura, bien formado, pelo rubio, ojos de un azul claro, de treinta y cinco a treinta y seis años de edad, modales delicados, simpático y amable, sin perder por eso su natural circunspección, muy propia de los encargados de atender a la humanidad doliente, conquistaba la estimación del enfermo inspirándole fe en su curación". ¿Cómo no iba a inspirarle confianza a San Martín este médico tan sereno, tan prudente, con gran experiencia en su profesión galénica! ¿Qué consulta médica más sabia

pudo existir para aclarar los males del General, que esa de Collisberry de Filadelfia, con Diego Paroissien de Londres? Hablaban en inglés para conservar el secreto de la consulta, pero recetaban en castellano para que los entendiese el boticario. Lo cierto es que trataban a sus enfermos como si fueran miembros de sus propias familias.

Debemos agregar otros datos interesantes. Collisberry, cuando le era posible, hacía escapadas a Filadelfia, su pueblo natal, para adquirir nuevos conocimientos, nuevas medicinas y nuevos instrumentos. Elogiaba el clima de las provincias cuyanas que pensaba le sería propicio a San Martín. El era asmático y se había curado —como él decía— respirando el aire de San Juan. Pero le agradaba también el “aire moral” de nuestro país y resolvió “importar ciudadanos de su patria”. Realizó tres viajes a Filadelfia. Regresó del primero en compañía de su colega y amigo el Dr. Amon Rawson, cirujano de la Marina Norteamericana, que fijó su residencia primero en Mendoza y después en San Juan. No tardó en casarse con María Justina Rojo, hija de don Tadeo Rojo y de doña Gertrudis Frías. Tuvieron tres hijos: Benjamín Franklin, Guillermo y Justino, es decir, que Guillermo Rawson, nuestro primer higienista, Ministro de Mitre, el hombre político más puro que ha tenido el país, según el mismo Mitre, fue “importado” indirectamente por el Dr. Guillermo Collisberry.

De regreso de su segundo viaje introdujo en Mendoza al Dr. Juan Guilles que además de ser médico de vasta experiencia era geólogo y botánico. Sus exploraciones al interior de Mendoza fueron notables y sus descubrimientos comunicados a la Academia de Ciencias de Londres. Ascendió al Aconcagua e introdujo los primeros gusanos de seda en esa provincia. En su tercer viaje regresó de Norteamérica con el Dr. Purvis, su sobrino, que permaneció en Mendoza desde 1820 hasta 1830 en que se trasladó a Copiapó primero y a Bolivia después.

Como se ve, el médico que atendió por primera vez a San Martín, fue un “importador” de grandes médicos que hicieron en nuestro país medicina individual y social. Bien hizo Amon Rawson en darle el nombre de Guillermo al que fuera después el creador de la cátedra de Higiene Pública en Buenos Aires y que pudo ser Presidente de la República. Collisberry deseó morir en su Patria y esto sucedió en Filadelfia en 1838. San Martín lo recordaba siempre con respeto y afecto. Lo acompañó cuando cruzó los Andes, afectados ambos de un asma que en el General traducía un proceso más grave.

*Diego Paroissien:* El otro gran médico que intervino en el tratamiento de San Martín, cuando el proceso inicial de sus vómitos de sangre fue, como hemos visto el Dr. Diego Paroissien. Es evidente que la historia tiene zonas magnéticas que separan o aproximan a los hombres y muchas veces el mejor

destino de los pueblos depende de esas aproximaciones o de esos desencuentros. El gran cirujano encontró a su Gran Capitán y el Gran Capitán encontró a su Gran Cirujano.

El médico de más alta jerarquía científica que estuvo al lado de San Martín fue sin duda alguna Paroissien. La vida de este sabio Cirujano es toda una aventura a través de la ciencia, del amor y de la historia. Había nacido para manejar el bisturí y fabricar la pólvora, pero la historia lo consagró principalmente cirujano y colaboró en la empresa más arriesgada del Gran Capitán, el cruce de los Andes. Hay héroes en los campos de batalla y los hay en los hospitales silenciosos. El perteneció a estos últimos. El gran estratega militar fue San Martín y el gran estratega médico fue Paroissien. Demostró ser algo más que un príncipe del escoplo, de la sierra y del bisturí; un químico ingenioso y un higienista severo y práctico.

¿De dónde viene este hombre excepcional? ¿Adónde va? ¿Adónde llega? Su aventura en nuestra América está sellada por hechos que demuestran la multiplicidad de sus conocimientos, su espíritu creador, su capacidad de trabajo, su ingenio singular, su amor a la patria adoptiva, la fidelidad al Gran Capitán. Al lado de San Martín se despertó en él un sueño: ser Jefe del Servicio Médico del Ejército de los Andes y preparar el paso de la Cordillera. ¿De dónde proviene su espíritu pragmático y su idealismo superior? ¿Cómo se concilia el hombre de negocios —pocos y fracasados— y el cirujano heroico, protector de los heridos y de los enfermos? ¿Cuál era su mayor sabiduría, la del cirujano, la del artillero, la de constructor de fábricas de pólvora, la de organizador de hospitales o la de protector de huérfanos abandonados? Anotemos esto último porque envió a estudiar a Londres a dos criaturas desamparadas, Domingo Santiago Torres de Chile; y a Bernardo Galup de Buenos Aires, "para formar dos caballeros", como él dijo.

Se incorpora al ejército del Norte el 9 de noviembre de 1810, es decir, tres días después de la batalla de Suipacha, pero recibe su bautismo de fuego en el desastre de Huaqui, el 20 de junio de 1811. Su actuación en este episodio es de máxima abnegación como "encargado de inspección de enfermos".

Después de esta derrota es destinado para ponerse a las órdenes de Pueyrredón y figura entre los cuarenta y cinco hombres que lograron salvar los caudales de Potosí. En sus partes al Gobierno, tanto Castelli como Pueyrredón, elogian a Paroissien. El primero dice: "Es infatigable en el servicio de la tropa, de los pobres y del público", y Pueyrredón en un parte fechado en el campamento de Camposanto, después de aludir a la dramática retirada de Potosí se refiere a aquel médico, que en un momento dado se transformó en soldado

y peleó como el más humilde integrante de la tropa. Dice Pueyrredón: "Algunos paisanos que también venían en mi compañía, como el Secretario de Charcas, el Dr. Juan Antonio Saráchaga, el subdelegado Cinti, don Isidoro Alberdi, el físico don Diego Paroissien, han demostrado que el valor no está limitado a la profesión militar, pues con un fusil en la mano, no han tenido que envidiar a los bravos".

Los servicios prestados a la causa revolucionaria por el intrépido cirujano, movieron al Triunvirato a otorgarle la carta de ciudadanía, la primera que se concedió en el país; la segunda le fue concedida a Roberto Billinghamurst cinco días después, con fecha 25 de noviembre de 1811 y que figura en "La Gaceta" con fecha 27 de diciembre. Dice así: "El Superior Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata ha declarado a Don Diego Paroissien, Ciudadano de América, en atención a los importantes servicios que ha hecho en el Ejército del Perú, no sólo como físico y facultativo, sino como uno de los más interesados en el triunfo de nuestra causa, según lo tiene informado en su itinerario el general en jefe de nuestro ejército de operaciones".

Debo aclarar especialmente el calificativo de "Ciudadano de América" que usa el Triunvirato para otorgar la carta de ciudadanía, como si quisiera indicar a sus poseedores que sus deberes no terminan en los límites de las Provincias Unidas del Sud y se extienden desde el Atlántico hasta el Pacífico, allí donde sea necesario el esfuerzo de todos para conquistar la libertad.

### *La organización sanitaria del paso de los Andes*

Al establecer el servicio de Sanidad en el campamento del Plumerillo, el espíritu de previsión de San Martín y la competencia técnica de Paroissien dieron forma insuperable a los elementos precarios y a las enormes dificultades de la empresa y de la época. Es admirable, la intuición, la prudencia, la pericia, con que organizó Paroissien los servicios de un ejército que debía atravesar montañas de gran altura. Si el problema de la alimentación debía ser resuelto teniendo en cuenta la resistencia física de los soldados y la fatiga producida por la ascensión de la montaña, la vestimenta era igualmente importante para combatir el frío y las posibles heladuras de las extremidades. Respecto a la alimentación, dice Mitre: "Una conserva alimenticia y sana, que a la par de restaurar la fuerza de los soldados, fuera adecuada a la temperatura frígida que había de atravesar, la encontró en la preparación llamada *charquican*, compuesta de carne secada al sol, tostada y molida y condimentada con grasa y ají picante, que

bien pisada, permite transportar en la mochila o maletas la provisión para ocho días y con solo la adición de agua caliente y harina de maíz tostado, proporciona un potaje tan nutritivo como agradable. San Luis, abundante en ganado, fue puesta a contribución para suministrar el charque y dio 2.000 arrobas de esta sustancia". Después del estómago ocupóse de los pies, vehículos de la historia. Dispuso para suplir la falta de calzado y no gravar el erario, que el Cabildo remitiese al campamento los desperdicios de cuero de consumo diario, para construir con ellos "tamangos", especie de sandalias cerradas, con jareta, a manera de zapatillas de una pieza, usadas por los negros y que los mismos soldados preparaban. Debemos agregar que Paroissien había ordenado llevar una abundante carga de cebollas para los hombres, y de ajos para el ganado, con el objeto de combatir el apunamiento. El "mal de montaña" poco se hizo sentir en el ejército, sea por virtud del específico empleado o mejor aún por el cuidado y el abrigo durante la marcha, que se desarrolló en jornadas lentas y cortas, con descansos adecuados.

### *El parte de Maipú*

Existe un rasgo sanmartiniano que no es posible pasar por alto porque traduce el culto y la admiración que tenía por los médicos que cuidaban de la vida de sus héroes. Cuando la batalla de Maipú, el Gran Cirujano de sus ejércitos había improvisado bajo un quejumbroso molino, la rústica sala de operaciones, que tenía por techumbre un cielo límpido y por paredes los apretados árboles de un bosquecillo. Estaba Paroissien ajeno a los rumores de la contienda y ocupado afañosamente en la cura de los heridos. En esos momentos llegó a su vera un señor Samuel Haigh, acompañado de otro llamado Bernard, que se habían incorporado al estado mayor del General. Llevaban de éste la orden para que el cirujano concurriese inmediatamente a su presencia. El objeto de este llamado era dictarle el parte de la victoria. Debemos preguntarnos, ante este hecho inusitado, ¿por qué San Martín, eligió a Paroissien para dictar dicho parte? ¿No estaba a su lado su íntimo amigo y compañero de armas el Coronel Tomás Guido? ¿No había acaso otros edecanes que rodeaban la marcial figura del triunfador? Sí, los había, pero los grandes hombres tienen gestos sorprendidos, detrás de los cuales es necesario buscar su sentido simbólico o descubrir una intención aleccionadora. ¿Cuál fue el sentido profundo de esta lección? Sin duda alguna fue para rendir un homenaje al Jefe de Sanidad de sus Ejércitos que tantos heridos y enfermos había salvado. Quiso que fuera éste el que escribiese el glorioso mensaje con los manos todavía mojadas en la sangre de sus héroes. Si a Paroissien nunca le tembló el bistrú

cuando cortaba las carnes dolientes, en este caso le tembló la pluma cuando escribió las palabras del épico mensaje: "Acabamos de ganar completamente la acción. Un pequeño resto huye: nuestra caballería lo persigue hasta concluirlo. La patria es libre". En aquellos momentos el gran cirujano perdió la flema inglesa adquirida en los colegios londinenses, y sintió el bullicio de su sangre gala que le venía de la inquieta Francia donde habían nacido sus abuelos. Sintió el latido de sus sienes y parecióle que le habían ceñido sobre la frente el gorro frigio de la libertad.

### *Las enfermedades*

Nos hemos ocupado, hasta aquí, de los médicos que atendieron a San Martín desde que pisó su tierra prometida. Nos referiremos ahora más precisamente a sus enfermedades, que iniciadas en España debían asediarlo durante toda su existencia. Esas enfermedades le hicieron siempre compañía, con silencios más o menos prolongados, los suficientes para que el héroe que llevaba dentro cumpliera su destino. En efecto, ellas no impidieron su actividad pasmosa en la organización y ejecución de sus planes de guerra y en el cumplimiento de sus sueños. Sólo un estoico de su estatura moral pudo resistir los dolores físicos y psicológicos que le deparó la vida. Muchos ignoran que este genio militar leía a Epicteto, a Séneca y a Marco Aurelio. Pertenecía, pues, a la escuela filosófica de los estoicos. Así se explica su resistencia al sufrimiento, su resignación ante la adversidad, su indiferencia ante la calumnia, su silencio ante el agravio, su olvido de los miserables que tentaron oscurecer su vida. En su prolongado destierro pudo escribir "sus memorias", pero prefirió el diálogo silencioso con su propia conciencia para sentirse consolado, justificado y enaltecido. En la historia no son comunes los silencios heroicos porque la mayoría de los grandes hombres son vanidosos y la vanidad los hace hablar más de lo que debe. "Las revoluciones —le escribía a O'Higgins— abren un campo inmenso a la maledicencia, y sus principales tiros se dirigen principalmente contra los hombres que tienen la desgracia de mandar."

San Martín fue un estoico frente a los dolores físicos y morales, y podríamos agregar que fue un espíritu platónico, por su lirismo activo y el culto de las ideas puras. También fue un pitagórico, porque creyó en la magia de las matemáticas y las aplicó a sus juegos de guerra. No olvidemos que él dijo: "No hay ejército sin matemática". Admiró también la geometría moral de hombres como Washington, como Lincoln y como Pascal. Practicó la ética del estoico que consiste en el ejercicio constante de la virtud por encima de los inte-



reses materiales, frágiles y efímeros. Recordemos que Gari- vet, el gran escritor hispano, hace del estoicismo uno de los cimientos de la vida española y por las venas del Gran Capitán corría sangre de la Madre Patria. No obstante sus desventuras no fue un escéptico porque creyó en el hombre, en su perfección y regeneración posible y creyó en "el hombre americano" con las cualidades necesarias para gozar de la libertad. Fue un estoico frente a la injusticia y la adversidad y pudo decir: "Yo no puedo ser sino un instrumento accidental de la Justicia y un agente del Destino".

Volvamos a las dos dolencias que le afectaron en su vida: la discutida bacilosis y el reumatismo crónico. La primera, si fue tal, tuvo una evolución favorable y de ella se curó; la segunda fue crónica y lo persiguió toda su existencia, con largos espacios de silencio que le permitieron su prodigiosa actividad de guerrero incansable.

Reconstruyamos la historia clínica con las deficiencias de todas las reconstrucciones. Se inicia en voz baja, en España, con fugaces dolores reumáticos y ligeros accesos de asma que no le molestan mayormente ni le impiden intervenir en cruentos combates. En un informe médico castrense de aquel entonces, requerido antes de su ascenso a Capitán de Caballería del Regimiento Borbón, se hace constar que "goza de buena salud" y por lo tanto puede continuar su brillante carrera. Cuando llega a Buenos Aires en 1812 era el vigoroso soldado que ha retratado Mitre, y organiza el Regimiento de Granaderos a Caballo. Después de haber ganado el combate de San Lorenzo, parte para el Norte para asumir la Dirección del ejército de Belgrano. Es en Tucumán, en 1814, como hemos señalado, cuando tiene los vómitos de sangre que alarman a su Estado Mayor. Se descarta la úlcera de estómago y se admite el origen pulmonar de sus emisiones sanguíneas. Hay que preguntarse si las emisiones sanguíneas tenían su origen en una bronquectasia o en una lesión bacilar. Admitido esto último fue indicado el clima de Córdoba donde se refugió para pasar más tarde a Mendoza. Lo cierto es que su afección pulmonar evolucionó favorablemente. Sus médicos de confianza en Cuyo fueron los Dres. Zapata y Paroissien. El Dr. Zapata, hombre de color, recibido en Lima, tuvo que emigrar a Santiago y luego a Mendoza. Lo combatían por el color de su piel, porque ignoraban el color de su alma. Era un galeno observador y práctico, de gran experiencia clínica e igual paciencia humana. Conocía al dedillo la terapéutica de la época y usaba para los remedios más amargos el dulce jarabe de su bondad. San Martín era atendido por el negro Zapata y el rubio Paroissien. El primero le administraba el remedio clásico para las hemotipsis, la tos quintosa, el asma y toda clase de dolores: el opio. La preparación que usaba se llamaba la "opiata", mezcla de opio, agua de brea, o una porción de alquitrán. Zapata le proporcionaba el remedio a

dosis más bien altas, según la intensidad de los dolores, y Paroissien las reducía con prudencia para evitar el acostumbramiento. San Martín observaba con paciencia la lucha de las dosis entre los dos galenos y a veces, como dueño de su enfermedad, se inclinaba ante los ojos negros de Zapata y otras ante los ojos azules de Paroissien. Felizmente esta lucha de dosis se resolvió con los baños termales de lauquenes que le recetó Zapata en Chile. Cuando partió para la campaña al Perú los dos procesos estaban dormidos o vencidos, y el héroe pudo realizar sus hazañas.

De regreso a Valparaíso volvió a presentar grandes dolores como lo prueban las cartas de Guido, Balcarce y O'Higgins. Repuesto de los mismos viajó a Santiago y de allí a Mendoza instalándose en su chacra "Los barriales", que le habían regalado. Las condiciones políticas porque atravesaba el país y los sucesos de Chile y el Perú le llenaron de amargura y desencanto. Partió para Buenos Aires. Su esposa murió antes que él llegase.

El 4 de diciembre de 1824 se embarcó para El Havre con su hija Mercedes. El llamado "ostracismo" de San Martín ha sido dividido en dos etapas: de 1824 a 1828 y de 1829 a 1850 en que murió. Estuvo primero en El Havre, luego en Londres y pasó a Bruselas donde internó a su hija en un Colegio de religiosas. Allí escribió sus "Máximas" para su adorada hija dictadas por el corazón y la experiencia de la vida. No nos sorprende que el que había dictado un "Código del honor" para sus granaderos a caballo, dictase un "Código del amor" para su hija.

A todo esto la salud de San Martín no registraba nada de importancia. Sano y fuerte, en 1828 pensó regresar a la patria con motivo de la guerra con Brasil y ofrecer sus servicios militares, pero al llegar a Río de Janeiro supo que se había firmado la paz y regresó de nuevo.

Vivió en París con su hija y su hermano Justo Rufino. En 1832 estuvo enfermo de cólera así como su hija. El 13 de diciembre de dicho año su hija Mercedes contrajo enlace con Mariano Balcarce hijo del Gral. Balcarce, su compañero en la guerra de Chile. Luego instaló su casa en el Gran Bourg. A pesar de sus años y de sus largos sufrimientos impresionaba a sus ilustres visitantes por su erguida figura. Veamos las impresiones de algunos de ellos a través de años sucesivos. Escribe Alberdi en 1843: "Había oído decir que su salud padecía mucho, pero me quedé sorprendido al verlo más joven y ágil que todos cuantos generales he conocido en las guerras de nuestra independencia". Florencio Varela lo visita en 1844 y dice: "Está viejo, pero fuerte y su espíritu completamente despejado". Cuando lo visita Sarmiento en 1846 —contaba 68 años— lo describe así: "Es un anciano de ele-

vada estatura, facciones prominentes y caracterizadas, mirar penetrante y vivo a despecho de los años, y de maneras francas y amables”.

### *Los días finales*

San Martín empezó a perder la vista en 1845 afectado de cataratas en los dos ojos. Escribe en aquel entonces al Gral. Pinto: “Apenas veo para poner la firma”. Es operado en París, tres años después, por el médico alemán Dr. Julio Sichel, con la ayuda del profesor francés Dr. Desmarres. La intervención se hizo sin anestesia, según dice el Dr. Galatoire, en un interesante libro.

Los años finales de este héroe silencioso tuvieron el consuelo de su hija Mercedes y de sus nietas Josefina y Merceditas. Estaba ciego. Su hija le leía los diarios por la mañana, pero sabía ocultar las malas noticias de la patria y sustituirlas por otras optimistas. Las mentiras piadosas reemplazaban las verdades amargas. Decía el General que la voz de su hija era la música que anunciaba las mañanas.

Varios años antes de morir hizo su testamento, sobrio y modesto. Desea que su corazón descanse en Buenos Aires. Declara no deber nada a nadie y deja como única heredera a su hija Mercedes, cuyo constante cariño ha recompensado con usura todos mis esmeros, “haciendo mi vejez feliz.”

A mediados de 1850 se hizo llevar a Enghel, cerca de París, para continuar con los baños termales que había iniciado en Chile por consejo del Dr. Zapata y que tanto lo habían aliviado de sus dolores reumáticos. En ese año lo visitó Don Félix Frías, nuestro eminente compatriota y hablaron de la patria lejana. Evocó su paso por Córdoba, Tucumán y Mendoza, ciudades que tanto había amado. Sentía la nostalgia de un niño que desea volver a su cuna. Recordó igualmente las visitas de Alberdi y de Sarmiento.

Félix Frías ha referido las escenas de que fue testigo en los últimos días del Gran Capitán. El estoico soldado podía pasearse por los campos de la patología médica, frente a la muerte, como lo había hecho delante de ella en los campos de batalla. El día anterior a su fallecimiento había recorrido los senderos del jardín que rodeaba su casa, como si quisiera despedirse de las rosas y las dalias que él mismo había plantado. Al día siguiente, 17 de agosto se levantó para escuchar “la música matutina” de su hija, leyendo los diarios. Tomó un ligero alimento e hizo colocar rapé en una caja para ofrecerle a su médico el Dr. Jackson que no tardaría en llegar. A las dos de la tarde sintió un fuerte dolor en el pecho y se

levantó de su silla para acostarse en su cama. Cuando se aproximó su hija para acariciarlo y preguntarle como se sentía sonrió dulcemente y le dijo en francés: "C'est l'orage qui méne au port", es la tempestad que conduce al puerto. Sí era la última tormenta que conducía al fin de sus días después de haber navegado por los mares procelosos de la historia. Ultimamente había vivido en el destierro y en el olvido para llegar al silencio definitivo. En esta agonía lúcida hizo un gesto para que alejasen a su hija y no lo viese morir. Fue generoso hasta en sus últimos instantes. Cuando podía evitar un dolor al prójimo lo evitaba. Había sido tan sereno, altruista y abnegado en toda su vida, que debía despedirse así, sin escuchar ningún sollozo y ningún suspiro.

¿De qué murió San Martín? Hay dos hipótesis que es necesario eliminar porque no tienen fundamentos clínicos evidentes. No murió de la rotura de un aneurisma, ni de la perforación de una úlcera. El Dr. Jackson había hablado de una hipertrofia cardíaca, tal vez resultado de una lesión valvular producida por el reumatismo. Cuando le preguntaron al Dr. Jackson habló de una insuficiencia aguda del corazón. Murió de su corazón, como de su corazón generoso había vivido.

### III

#### BIBLIOFILO Y PINTOR

*"Un libro abierto es un cerebro que habla; cerrado, un amigo que espera: olvidado, un alma que perdona; destruido, un corazón que llora."*

*"Libertar las inteligencias"*

Muchos ignoran las inquietudes intelectuales que tuvo el Gran Capitán al margen de los problemas que diariamente surgían al frente de su Ejército Libertador. ¿Quiénes conocen sus búsquedas febriles de bibliófilo y su vocación oculta por la pintura y el dibujo? Si se consagró apasionadamente a las armas para defender la libertad de los pueblos, alimentó dos amores escondidos que atenuaron muchas desventuras: el libro y el pincel. Este hombre de aspecto grave y marcial amó las letras y las artes como nadie podía sospechar. El estudio de su biblioteca —su "librería" como él la llamaba— traduce su vastísima cultura. Sus libros de carácter militar, con ser numerosos, no constituían la mayoría de los mismos,

pero demuestran que estaba al tanto de todas las tácticas y estrategias de los grandes capitanes de su tiempo. Su tesoro ambulante lo repartió después, cuando fundó las bibliotecas de Mendoza, Santiago y Lima. Proclamaba que a los pueblos no se los conquista únicamente por las armas y es necesaria la fuerza del espíritu. Llevó a la práctica este propósito: "Libertar las inteligencias con el establecimiento de bibliotecas públicas". Si su obsesión dominante era preparar las armas para ponerlas al servicio de la justicia, su otra obsesión permanente era multiplicar los libros para satisfacer la sed de los espíritus sedientos. Sus libros siguieron a las armas en su abnegada odisea desde España hasta América, desde Buenos Aires hasta Santiago y la Ciudad de los virreyes. Temía que se perdiesen y no cumpliesen su destino. Un documento prueba este amor obsesivo. Al suscribir en Mendoza su primer testamento, con fecha 3 de octubre de 1818, dispone que si falleciese en la campaña a emprender en Chile y en el Perú, que las armas sean entregadas a sus hermanos políticos y los pocos bienes que posee pasen a su esposa, doña Remedios de Escalada, o a su heredera, la niña Mercedes. A su esposa la designa albacea testamentaria y le recomienda la "librería" que posee para establecer una biblioteca en Mendoza.

Existe un proyecto luminoso en este bibliófilo ambulante, que jamás abandonó los libros que velaban al lado de las armas. Cuando a causa de un episodio agudo de su enfermedad abandonó el ejército del Norte y se refugió en Saldán, provincia de Córdoba, se le ocurrió la idea de reimprimir la obra "Comentarios reales" del Inca Garcilaso de la Vega. ¿Quién era el autor de este libro que las autoridades habían prohibido y sequestrado? Era un guerrero y un escritor, producto de la unión de una incaica descendiente de Manco Capac con un capitán español vinculado a la nobleza hispánica. Se unieron en realidad dos sangres reales, cuyas virtudes demostró la Historia. Una hija del sol de América con un hijo del sol de España, el mismo sol "que no se ponía nunca" en los dominios de Carlos V.

Veamos como se explica la psicología de su personalidad y la índole de su obra. Estaba orgulloso de su origen mestizo porque sentía latir en sus arterias dos sangres para un alto destino.

Estudió en el Cuzco donde había nacido el 12 de abril de 1539 y después se radicó en España donde completó las disciplinas humanísticas. Sus aptitudes de escritor eran realmente notables. Si manejaba con destreza las armas, guiaba con elegancia la pluma, aguda y penetrante. La seguridad esencial del escritor, anota uno de sus críticos, ha de buscarse en el que fue como vértice de dos razas o, si se prefiere, como primer resultado de una síntesis técnica que habría de constituir el verdadero triunfo de una colonización, en la cual el

colonizador trató en todo momento de confundir su sangre con la del colonizado para dar principio al nuevo hombre hispanoamericano.

San Martín comprendió el drama de los conquistadores y los conquistados y la necesidad de la conjunción de las dos razas para crear el "hombre nuevo". El proyecto de una monarquía incásica, que alguna vez cruzó por su espíritu, no fue una extravagancia; fue un sueño para apartar a América del caos y la esclavitud en un mar de ruinas y de sangre. En el libro del Inca Garcilaso se hace la apología documentada de la civilización incaica: su origen, su religión, su gobierno, sus leyes, la organización civil y militar, sin dejar de reconocer el valor que tuvo para los indígenas la colonización española. San Martín era antirracista por lógica, por amor y por justicia. La raza incaica era respetable y no podía prescindirse de ella en la conquista de la libertad de los pueblos sometidos. ¿A quién recurre San Martín para reimprimir el libro prohibido, que prueba la existencia de una civilización superior a muchas de su tiempo? A los doctores de Córdoba, a los formados en la casa de Trejo y Sanabria. Todos acogieron con entusiasmo la idea del general porque tenían el culto de la tradición, de la religión civilizadora, de la justicia humana, de la salvación del hombre, viniera de donde viniera. El prólogo para la reimpresión lo redactó San Martín y lo firmaron todos los presentes. Decía entre otras cosas el general que "ningún tiempo como el presente para la lectura de la obra y para conservar para siempre un documento que hace tanto honor a los naturales de este país y descubre al mismo tiempo con una moderación digna de las circunstancias la ambición y falso celo de algunos de los conquistadores". Observa con agudeza el ilustre historiador Miro Quesada, en la obra de Garcilaso, su incaísmo esencial alterado voluntariamente por su formación renacentista y por el ambiente humanista en que se había ido nutriendo durante su permanencia en la Península. Su mismo título, "Comentarios" se inspira en los "Comentarios" de Julio César. En algunos aspectos, Garcilaso asimila el Imperio Incaico al Imperio Romano. El Cuzco, en su Imperio, es otra Roma.

Debemos detenernos, antes de penetrar en la Biblioteca del Gran Capitán, en el origen de su cultura humanista. Ella estuvo impregnada del espíritu del Seminario de Nobles de Madrid. En ese histórico colegio adquirió los primeros conocimientos en Humanidades, Matemáticas y Dibujo, pero el plan integral lo hizo fuera del colegio, pues los jesuitas que lo ennoblecieron fueron expulsados de España. Se convirtió, entonces, en un autodidacto y siguió estudiando la Gramática, la Retórica, el Derecho Común y las lenguas francesa, inglesa e italiana, además del griego y el latín. El pudo decir: "No hay ejército sin Matemáticas" y agregar "No hay ejército sin moral". Y cuál era esa moral, la de libertar sin oprimir,

la lucha del derecho contra la arbitrariedad, de la verdad contra la mentira, de la luz contra la sombra. Por eso fundaba bibliotecas.

### *La "librería" del Libertador*

¿Qué resulta del análisis de sus libros, efectuado por Ernesto Quesada, Adolfo P. Carranza, Pacífico Otero, de la Puente Camdamo, Torre Revello y Juan Carlos Zuretti? En sus libros encontramos "Sus historiadores", "Sus filósofos", "Sus moralistas", "Sus políticos", en fin, sus maestros en la "ciencia y arte de gobernar". Sus libros han sido clasificados en la siguiente forma: 1º) Libros esencialmente literarios; 2º) Libros históricos; 3º) Libros filosóficos; 4º) Libros de ciencia militar; 5º) Libros sobre actividades prácticas. La mayoría están escritos en francés y en castellano, y pocos en inglés y en portugués.

Dos libros de su copiosa biblioteca merecen comentario aparte: la "Enciclopedia" con 18 volúmenes y un libro de Julien "Sobre el empleo del tiempo y método para regular la vida". Llama la atención que la "Enciclopedia" fuera el jefe de su ejército de libros. ¿Qué fue a buscar en ella? No fue a impregnarse de la filosofía del siglo XVIII, pues del Siglo de las Luces conocía las luces y las sombras. Veía en la Enciclopedia un "Diccionario razonado que pretendía perdurar como monumento elevado a la gloria del pensamiento humano". Muy lejos estaba el general de ser discípulo de Voltaire y de Rousseau. Lo que más leía era Montesquieu. Respecto al libro "Ensayo sobre el empleo del tiempo", en la contratapa tiene tres páginas manuscritas por la hija. Comienza así: "Mi buen padre me ha obsequiado este libro donde encontraréis algunas líneas escritas de su mano". A continuación, después de algunas consideraciones sobre el deber, expone un plan sistemático para aprovechar el tiempo y orientarse en las lecturas. Este libro parece escrito por Franklin y lleva esta dedicatoria: "Para mi amada hija, de su Tatita".

Su ejército de libros se aumentó al correr del tiempo con nuevos contingentes que venían de todo el mundo. Muchos eran sus corresponsales y vivían asediados por este bibliófilo apasionado. Cuenta su yerno, Mariano Balcarce, que siempre lo vio "interesado por los libros, seleccionándolos para adquirirlos, completando colecciones y conservándolos amorosamente". Tuvo gran suerte San Martín, cuando se estableció en Boulogne, de tener como vecino al Dr. Alberto Gerard, director de la biblioteca de ese lugar, que le proporcionaba todos los libros que pedía. En realidad trasladó su domicilio a la biblioteca y sus corresponsales pudieron descansar. El historiador José Luis Busaniche reproduce el retrato que hace

de él el Dr. Gerard, su bibliotecario amigo: "El señor San Martín era un bello anciano, de elevada estatura, que ni la edad ni la fatiga, ni los dolores físicos han podido doblegar. Sus rasgos fisonómicos eran muy expresivos y simpáticos, su mirada viva y penetrante, sus modales llenos de afabilidad. Poseía muy amplia instrucción; sabía y hablaba con igual facilidad el francés, el inglés y el italiano, y *había leído cuanto puede leerse*". Este es el bibliófilo que amó los libros para libertar las inteligencias, que fueron su consuelo en el destierro inmerecido, armas silenciosas que irradiaban la luz sin ruido y sin sangre.

### *Dibujante y pintor*

Nos hemos ocupado hasta aquí de San Martín bibliófilo, pero debemos completar este breve estudio con el otro San Martín casi olvidado: el dibujante y el pintor. Hemos dicho que en su adolescencia se pusieron de relieve sus virtudes de dibujante, y nada más. Después, en forma episódica aparece la vocación escondida. En el Perú se vinculó con el pintor José Gil llamado el pintor de la Independencia, que hizo su retrato, dándole a su fisonomía un resplandor netamente americano. Cuando volvió a París se vinculó con el genial Géricault, que aconsejado por el grabador argentino Núñez de Ibarra proyectó la estatua del general. En su ostracismo estuvo siempre en contacto con los artistas y conoció especialmente al retratista Juan Bautista Madou, profesor de pintura de su hija. Frente a este maestro que descubrió las aptitudes de su hija, sintió despertarse en él la vocación dormida. Fue en realidad Mercedes la que puso en manos del general el pincel olvidado. Alentaban a esta delicada criatura los retratos de la familia que la rodeaban: la de su madre, Remedios de Escalada, por el miniaturista Carlos Durand; la del abuelo, José Antonio de Escalada; trasladado al lienzo por Enrique Carlos Pellegrini y la de su esposa Tomasa de la Quintana por el pintor José Guth. Las pinturas de la hija fueron las que no pudo hacer el padre. La hija por su parte, sentía que éste movía su pincel desde las sombras. Muchos años después, en 1856, pinta el retrato de su padre basado en el daguerrotipo de 1848 y evocando los recuerdos de su convivencia con él.

¿Qué cuadros o grabados decoraron las habitaciones del general en su retiro de Boulogne? La mayoría de sus cuadros eran marinas. No eran mares tranquilos, sino agitados, y en medio de los últimos había buques a punto de naufragar o semi-destrozados. ¿Por qué esa preferencia? Eran un reflejo de su propia vida. ¿No había navegado por los mares de la Historia azotado por tremendas tempestades? Después de haber ven-



cido tantos vientos adversos, se sentía un naufrago glorioso, pero un naufrago. Entre esas marinas se ven dos litografías de Géricault, coloreadas por él, que representan el viaje tormentoso del buque Woodford sorprendido por un furioso temporal en 1824, y próxima, los buques de Brueys que acababan de desembarcar el ejército de Napoleón en Egipto.

¿Qué pintaba San Martín en su ostracismo? En sus rápidos viajes por Francia y por Italia hacía acuarelas sencillas, de colores ni demasiado cálidos ni demasiado fríos. Eran acuarelas crepusculares como su alma entristecida. Pintaba la paz de las aguas, la paz de los ríos, la paz de los lagos. Cuando estuvo en Nápoles pintó la dulzura de su golfo, olvidándose del Vesubio con sus llamaradas intermitentes. Lástima grande que no trasladase al cartón las flores de su jardín hogareño, con sus dalias y sus rosas, ese jardín que recuerda Sarmiento cuando su visita al Libertador. "Jardines cultivados con toda la gracia del arte moderno —escribe el sanjuanino— rodean la residencia del general y el viajero saluda complacido muchas plantas americanas". En síntesis, en la hija se despertó la vocación del padre. Abandonó la aguja por el pincel. Recordemos que la hermana de Sarmiento dejó el telar para dedicarse a la pintura.

Hagamos un último comentario sobre las vocaciones escondidas o al parecer dormidas. Cuando una vocación es reemplazada por otra, hija de las circunstancias, no se pierde del todo y a través de la triunfante hace escuchar su voz entristecida. ¡Cuántos guerreros se hicieron poetas, cuántos escritores se hicieron músicos, cuántos médicos cambiaron el bisturí por la pluma, cuántos reemplazaron la tribuna pública y los ruidos de la calle por los claustros silenciosos! Ignacio de Loyola se desprendió de la armadura para ceñir los hábitos, Garcilaso, militar, se transformó en poeta y murió como soldado, Gautier pintor de paisajes y de rostros se hizo novelista, y Cervantes que perdió una mano en Lepanto, quedó con la otra para escribir el Quijote.

Veamos dos casos apenas vislumbrados: el de San Martín y el de Alberdi. Estos hombres, aparentemente fríos, eran dos sensitivos profundos y escondidos. Reflexionaban y comprendían el drama que vivían sus compatriotas, aunque no participaban de los entreveros de las luchas civiles. Sembraban dos introvertidos y eran dos sintónicos angustiados. Las vidas interiores muy profundas no llegan a la superficie y el que las ignora no conoce al hombre total y verdadero.

Alberdi desde su juventud, en su jardín de Tucumán, amó la música. En Buenos Aires creció su vocación y el salón de Mariquita Sánchez escuchó sus canciones, cuya letra escribía Echeverría. Atenuaba su melancolía congénita frente al pentagrama salpicado de notas claras, suaves y consoladoras. No había nacido para jurista, sino para ser discípulo de Chopin.

San Martín tuvo como vocación primera el dibujo y la pintura. Cuando dejó las armas, en su destierro voluntario volvió al pincel y en sus viajes presurosos por Italia, en busca de aguas termales para su reumatismo, no olvidaba su paleta para darse baños de colores. Le confesó a Frías, en la visita que éste le hizo poco tiempo antes de su muerte, que hubiera preferido ganarse la vida como pintor.

San Martín y Alberdi, ambos en el destierro, se mostraron sus almas en aspectos ignorados. Eran dos artistas frustrados. Habían sido dos soñadores activos que nunca se durmieron sobre sus sueños. El destino resolvió que uno fuera el Poeta de la Libertad y el otro el Poeta de la Constitución. En los momentos de honda melancolía padeciendo de la ingratitud de los hombres, debieron algunas veces llorar entre las ruinas de sus vocaciones perdidas. La Historia hizo de uno el más generoso de los libertadores de América; y del otro el arquitecto más admirable de la Carta Magna de la República. Fueron dos artistas en la obra creadora: dos almas líricas sin el reconocimiento de sus contemporáneos, dos genios tristes, dos genios desamparados, dos corazones llenos de cicatrices. Así juega la Historia con la vida de los hombres.

#### REFERENCIAS

- Bartolomé Mitre*: Historia de San Martín.  
*Vicente Fidel López*: Historia Argentina.  
*Pacífico Otero*: Historia de San Martín.  
*Ricardo Rojas*: El Santo de la Espada.  
*Vicuña Mackena*: El General San Martín.  
*Leopoldo Orstein*: Las campañas del General San Martín.  
*J. M. Massini Ezcurra*: Los Argerich. Bs. As. 1970.  
*Espejo*: Recuerdós históricos. Biblioteca Mayo.  
*Eduardo Acevedo Díaz*: El paso de los Andes - 1848.  
*Oscar Carbone*: El patrimonio de San Martín - 1960.  
*Agustín Alvarez*: Diego Paroissien - Ateneo de la libertad - 1954.  
*Institución Mitre*: Año del Libertador. Necrología.  
*Biblioteca del General Mitre*.  
*Boletín del Instituto Sanmartiniano* - 1950.